

# Cuba, 1998

## Reflexiones extemporáneas sobre un siglo perdido

*Ignacio Sotelo*

PARA UN ESPAÑOL QUE SE QUIERE DE IZQUIERDA LA situación por la que pasa Cuba es doblemente dolorosa. Primero, porque, si la plantea en su verdadera dimensión histórica, no puede olvidar, precisamente en este año de recordatorios, las responsabilidades que como antigua metrópoli nos atañen. Los vínculos que unen a los dos pueblos son de tal naturaleza que lo que suceda en un país no puede dejar de concernir al otro. Segundo, porque nos hemos solidarizado durante demasiado tiempo con el régimen de Castro, unos ciertamente con entrega total y otros —importan los matices— sin sobrepasar nunca un apoyo crítico, pero en cualquier caso la simpatía de la izquierda por la revolución cubana ha sido una constante, y no sólo en el mundo hispánico de ambos lados del Atlántico, aunque muy en especial entre nosotros. La izquierda se ha alejado, pienso que con excesiva facilidad, del llamado socialismo real, pero nos cuesta mucho entonar la palinodia respecto a uno de los últimos restos de este mismo modelo. En el treinta aniversario de la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia conviene recordar que las burocracias en el poder de los países del este introdujeron la expresión «socialismo real» para diferenciarlo del «utópico» que ingenuamente pretenderían los que exigían un «socialismo con rostro humano». Incluso la Cuba del Che que a mediados de los sesenta parecía aferrarse con más fuerza a esta esperanza, en agosto de 1968, caído el héroe legendario en Bolivia, apoya la invasión de Checoslovaquia.

En relación con la teoría y puesta en práctica del socialismo, la izquierda ha hecho más rectificaciones y renuncios de los necesarios, pero ello no quita que ante el régimen de

Castro muestre una benevolencia difícil de justificar. Hace unas semanas un centro de inmigrantes en Alemania me invitó a que les contara mis experiencias en la Isla<sup>1</sup>. La mención de algunas cifras que hablan por sí mismas, junto con la simple narración de los hechos en el más neutral de los lenguajes, promovieron un tumulto: obreros españoles y estudiantes latinoamericanos no estaban dispuestos a que «un señorito contrarrevolucionario», así me calificó uno de los asistentes, les demoliere el último mito que les quedaba. He observado también entre militantes del PSOE, incluso entre antiguos altos cargos que no se distinguieron precisamente por haber llevado a cabo una política que pudiera ni de refilón tildarse de izquierda, taparse las vergüenzas con la simpatía que siguen manifestando por el régimen de Castro, incluyendo aspectos que les parecerían intolerables en su propio país.

Esta vez prefiero omitir unas cifras que el interesado puede obtener sin la menor dificultad y dirigirme al lector que sabe lo que significa el eufemismo de «período especial», una situación de falta de lo más elemental, desde alimentos hasta medicinas, desde energía eléctrica a papel, que hay que calificar de terrible, no sólo con criterios internacionales, sino medido con módulos cubanos anteriores a 1989, o incluso a 1959. Pues bien, a cualquiera que de buena fe trate de explicarse situación tan catastrófica, dos cuestiones le salen al paso. La primera pregunta por los responsables: ¿quién tiene la culpa de lo ocurrido? ¿Se justifica una revolución que casi 40 años después de su triunfo, por muy distintos vericuetos y con experiencias no todas negativas, ha llevado a expulsar a casi dos millones de personas para ofrecer las actuales condiciones de vida a las que se han quedado?

Aunque a partir de agosto 1993, con la despenalización del dólar, se advierten algunos signos, todavía muy débiles, de recuperación, al ritmo presente de crecimiento volver a los niveles de vida de 1987, que estaban muy lejos de ser satisfactorios, supondría una docena de años. De modo que por razones económicas, pero también políticas, no menos obvias —el caudillo que lo es todo en Cuba ha llegado a una edad propecta que permite manejar con algún fundamento, pese a que menudo se saque a relucir que tuvo antepasados centenarios, la hipótesis de su cercana desaparición— se plantea una segunda pregunta: ¿qué va a pasar en Cuba después de Castro? Cuestión tanto más apremiante, cuanto que se han mostrado falsos los pronósticos que se hicieron en 1991 sobre la imposibilidad de que el régimen durase después de la desaparición del bloque soviético.

Quiénes son los responsables de que se haya llegado a semejante situación y qué salida puede esperarse en estas circunstancias, son las dos cuestiones que todo el mundo se hace, fuera y dentro de Cuba, eso sí, con respuestas muy diferentes. En las páginas que siguen resumo las impresiones, sin duda hartamente discutibles y todo lo provisionales que se quiera, que he ido elaborando

---

<sup>1</sup> El impulso inicial de estas reflexiones proviene de un viaje a Cuba de dos semanas, que realicé en noviembre de 1997.

para mi coleteo y uso particular, sin exponer el proceso de elaboración a partir de largas conversaciones con cubanos de fuera y de dentro, abundantes lecturas y unas cuantas anécdotas vividas en la Isla. Algunos juicios, al coincidir con las opiniones mayoritarias, parecerán bastante verosímiles, aunque tal vez triviales; otros, al disentir de las opiniones más extendidas, cabe que se consideren más problemáticos; en fin, los pocos que rompen con los marcos establecidos, me apresuro a pedir que se tomen por meras provocaciones.

1. Preguntarse por los responsables de la actual situación es una obviedad para los que tienden a señalar al régimen como único causante de todos los males, pero no tanto para sus apologistas que, según sea el tono en que les preguntemos, hasta pueden interpretarlo como prueba de hostilidad manifiesta y rehuir entrar en el debate. Pero, por intrincados que sean los rodeos y llamativos los eufemismos a los que acudan, es una cuestión que no pueden evitar. Hay que dar alguna explicación de lo que está ocurriendo y que percibe el más ciego. Para la Cuba oficial, el «bloqueo norteamericano» y «el derrumbamiento del bloque soviético» son las causas externas que darían cuenta cabal de las duras condiciones en que vive el pueblo cubano y, en consecuencia, si se quiere hablar de responsables, habría que buscarlos fuera. La Cuba revolucionaria ha luchado en el pasado por conseguir, y seguirá haciéndolo en el presente por mantener, tanto su independencia, como una sociedad solidaria que reparta con equidad los bienes materiales y culturales. La independencia política y económica, sin someterse a ninguna potencia extranjera que imponga las formas de distribución de lo que el pueblo en su conjunto labora, es el supuesto imprescindible para preservar el socialismo con todos sus logros sociales. El fin es salvaguardar una sociedad justa y solidaria, y ello sólo parece posible defendiendo la independencia nacional. Cuba está dispuesta a mantener relaciones con todos los países de la tierra, siempre que se respete su voluntad soberana de organizarse social y políticamente como crea conveniente.

En suma, para la opinión oficial las causas de la actual miseria estarían fuera de la Isla. El «bloqueo económico», que durante más de tres decenios impone el imperialismo norteamericano, y que contabiliza muchos miles de millones de dólares en pérdidas, habría potenciado sus efectos perversos con la caída, tan repentina como inesperada, del comunismo soviético, que Castro ha llegado a llamar el «segundo bloqueo». Con la integración en el socialismo real se habían evitado las consecuencias más aciagas del bloqueo norteamericano, y se precisa tiempo, aparte de una gran imaginación y de no pocos esfuerzos, para encontrar un reacomodo en el mundo que sigue al desplome del bloque en el que Cuba se había felizmente adherido. La segunda cuestión queda así ya implícitamente contestada: en Cuba no va a pasar más que lo que está pasando, con Castro y sin Castro, el pueblo cubano continuará desarrollado libremente la sociedad que crea conveniente, porque nunca va a ceder en su voluntad de independencia. Cuba es una nación a la que le costó mucho adquirir su libertad. Tuvo que combatir con las armas en la mano, primero,

contra los españoles, y luego contra los lacayos del imperialismo, pero, una vez conseguida su soberanía, ya nunca la va a soltar.

Ésta es al menos la esencia de una plática que tuve en la universidad de Santa Clara con un ilustre profesor de economía, tratando un tema tan atractivo, y sin duda hartamente realista, como es el de las etapas de la construcción del socialismo después de la muerte de Castro. Con tan apasionante conversación el profesor se había quedado sin pitillos, y no pude ofrecerle nada combustible para aliviar su síndrome de abstinencia. Al observar un nerviosismo creciente le propongo que vayamos al centro de la ciudad a beber una cerveza, lo que rechaza por la dificultad de encontrar transporte a esa hora, pero acepta complacido al informarle que dispongo de coche. Sentados en un café de una plaza céntrica, proseguimos nuestra conversación sobre la construcción a medio plazo del socialismo en Cuba, «teniendo, eso sí, muy presente la experiencia de este siglo». Al cabo de unos minutos, el profesor llama al camarero para pedirle una cajetilla que le traen al momento: son 70 centavos de dólar. El profesor insiste para pagar en pesos, pero su moneda no se acepta precisamente en las tiendas y locales en los que la oferta, aunque cara y exígua, al menos existe. En mi crueldad de experimentador social no compro la cajetilla, como hubiera sido el imperativo más elemental, no digo ya de humanidad, sino de simple educación. Seguimos hablando de la construcción del socialismo en un futuro impreciso. Me recomienda un libro, elaborado por científicos cubanos, sobre la caída del socialismo soviético. Desgraciadamente está editado en México y cuesta 5 dólares, si no me lo regalaría. Muestro enorme interés por conseguirlo y aprovecho para darle el dinero por adelantado. Guarda el billete en el bolsillo. Llama al camarero. Pide sus pitillos. Los paga con el billete que acabo de darle, se guarda la vuelta y seguimos hablando del futuro socialista de Cuba.

El discurso sobre las bondades del socialismo y, por graves que fuesen las amenazas, su grandioso futuro en la Isla, chocaba tan frontalmente con la situación vivida, que no tenía el menor sentido hacerlo explícito. Llámese como se quiera a este orden social, socialismo o capitalismo, o si se prefiere período de transición hacia no se sabe dónde, el hecho es que nos hallamos ante una sociedad de desigualdad radical, en la que sólo pueden satisfacer sus necesidades más elementales aquellos que dispongan de dólares, y el ilustre profesor comunista, al no cobrar su sueldo en divisas, desde una posición relativamente privilegiada antes de la dolarización de la economía había descendido al fondo del abismo. En una larga conversación en la que cada cual cumplió su papel, él de comunista cubano, yo de socialista europeo, rehuimos las cuestiones que, no encajando en la ideología, tuvieran lo más mínimo que ver con la realidad vivida. No se espante el lector; no me faltaron ocasiones de ocuparme de lo que le ocurre a la gente, tanto con personas críticas como con las que defienden al régimen.

De ser políticamente factible, nada sería tan instructivo como una investigación que identificara las distintas procedencias de los dólares que manejan los ciudadanos de a pie, detectando así a los grupos sociales que tienen acceso

a la divisa. Si resultase cierto que las dos fuentes principales son los envíos desde el exilio y el contacto, directo o indirecto, legal o ilegal, con los turistas, entonces las nuevas víctimas —se salva entre la población rural, la que produce para el mercado libre— habría que buscarlas, paradójicamente, entre los sectores profesionales que hacen alarde de su vinculación al partido y a la ideología oficial. Ahora estarían pagando los platos rotos, justamente, aquéllos que por fidelidad al régimen suprimieron los contactos con los parientes «gusanos» que emigraron. Los altos cargos tienen acceso al dólar, al recibir parte de su salario en pesos convertibles; pero, ¿podrán permanecer excluidos por mucho tiempo los cuadros intermedios y los sectores profesionales ideológicamente más afines? Téngase en cuenta además que una buena parte ha sido educada en los países socialistas que oficialmente se dice que se desplomaron por encarnar un socialismo degenerado, burocratizado, pero que saben que en muchos aspectos funcionaba mejor que el cubano. Sacar a relucir «el proceso de rectificación» que se inicia en 1986 no basta para tranquilizarlos; al contrario, llama la atención con qué cariño y hasta fascinación hablan de sus años de estudiante en la Unión Soviética o en otros países de su órbita. En una larga conversación con una investigadora y teórica del socialismo de prestigio internacional que me había pedido una descripción pormenorizada del derrumbe de la RDA, la mantuve en vilo y casi sin aliento, al enumerar los elementos más característicos del comunismo cubano, como típicos de la degeneración burocrática germano-oriental.

Me encuentro en Ciego de Ávila en un hotel en el que soy el único extranjero. A las nueve de la noche abre la discoteca: la entrada vale 5 dólares y está llena a rebosar. Observo cómo algunos jóvenes, al pagar la consumisión, para darse importancia, sacan del bolsillo un fajo voluminoso de dólares. ¿De dónde provienen? En Ciego de Ávila hay poco turismo; y el que recibe unos dólares del familiar en el extranjero no los gasta alegremente en una discoteca. Converso en La Habana con un taxista ilegal. Al cabo de un rato, me cuenta que el carro es de un médico de su pueblo, a varios cientos de kilómetros de distancia. Le paga por su uso 100 dólares al mes; a ello hay que añadir los 50 dólares que le cuesta su cuarto en la capital, el precio de la gasolina «desviada» que hay que pagar en dólares, así que ya puedo calcular el enorme esfuerzo que tiene que hacer para mandar un dinero a la familia que se ha quedado en el pueblo. La conversación con el taxista deja claro lo complejo que son los canales de distribución del dólar: un médico de pueblo, a cientos de kilómetros de La Habana, recibe 100 dólares mensuales y una viejecita de la ciudad 50, provenientes de un turismo al que ambos no tienen acceso directo. Los plomeros, los que arreglan el aire acondicionado, cualquier oficio manual que exija piezas de repuesto, sólo acuden si se les paga en dólares. Insisto, cuestión básica en la Cuba de hoy es valorar correctamente origen, distribución y efectos sociales de los dólares que se manejan. La nueva ruptura social entre los que disponen de dólares y los que no, a la larga tendrá consecuencias tan profundas como inesperadas. Y esto no lo ignora nadie, ni el régimen ni la oposición.

A mi querido profesor de la universidad de Santa Clara le agradezco haberme mostrado la distancia abismal que separa discurso y comportamiento. Cierto que en todas partes cuecen habas, pero he regresado con la impresión de que en Cuba la sima entre discurso y realidad supera lo concebible. Séame permitido añadir otro suceso en el mismo sentido. Estoy en la estación de ferrocarril de La Habana. El complejo está cercado por una verja, y en la puerta, además de una larguísima cola que no respeto, está parado un policía que me impide acercarme a la taquilla. Me informa que allí no se venden billetes para turistas. Doy una vuelta a lo largo de la valla para hacerme cargo de la situación y, sobre todo, para ver el aspecto que ofrecen hoy los trenes cubanos. No en balde, en 1837 Cuba fue el primer país hispánico en construir el ferrocarril. Cuando en 1848 se inaugura el primer tren peninsular, Barcelona-Mataró, Cuba contaba ya con 618 kilómetros de vía férrea para el transporte de la caña.

Uno de los prejuicios más extendidos entre la izquierda europea es comparar a Cuba con los países más pobres del Caribe y América Central y a partir de ahí ensalzar los logros de la revolución. Pero, en realidad, nada se entiende sin tener muy en cuenta el grado de desarrollo que ya a mitad del siglo XIX había alcanzado Cuba. Incluso con la rémora que significaban esclavitud y administración colonial, alcanzó a ser el primer productor mundial de azúcar, tabaco y café. El telégrafo se introdujo en 1851, siete años después de la primera línea construída en Estados Unidos, y el servicio telefónico se inauguró en 1889, 11 años después que en Estados Unidos. En 1910 La Habana fue la primera ciudad del mundo en poner en servicio la comunicación telefónica automática. Claro que la sociedad cubana, profundamente marcada por la esclavitud, no cuenta con una burguesía que sea comparable a la de los países pilotos europeos, pero, en todo caso, antes que en la Península, en Cuba encontramos los elementos más dinámicos del capitalismo, así como la mentalidad, positivista y técnica que corresponde, de la que pueden descubrirse vestigios desde los comienzos de la colonia, especializada en el siglo XVII en la construcción de barcos y hasta de instrumentos de navegación. Está por hacer un estudio detallado de la contribución de Cuba al desarrollo capitalista e industrial de España, en particular de Cataluña. Sé que contradice los prejuicios sobre las relaciones explotadoras de la metrópoli con la colonia, pero en Cuba cuajó una burguesía criolla, que no sólo consiguió en lo económico —no así en lo político— autonomía plena, sino que sirvió de modelo a la burguesía industrial y comercial que más tarde surgiera en España. En Cuba los españoles no sólo acumularon los capitales —también como negreros, no lo olvidemos— que luego invirtieron en la Península, sino algo más importante, de Cuba trajeron el espíritu empresarial que con tanta dificultad arraigaba en la Península. Claro que también la burguesía criolla desde un principio se dejó contaminar por los afanes de nobleza y los valores aristocráticos que provenían de ultramar, difuminando, y a veces hasta arrancando de raíz sus virtudes burguesas.

Pero volvamos al lance vivido en la estación. Recorriendo la valla por fuera me fijo en un negro que llama a una muchacha que está trabajando dentro

del recinto. La chica le dice «pasa»; él contesta lo que es obvio, «no se puede». Según va aproximándose, la joven le dice, «es que tenemos prohibido acercarnos a la verja». Cuando los dos están próximos, el negro le pasa un paquete por encima de la reja, mientras que le dice «ya sabes para quién es»; la muchacha lo esconde y se retira rápido sin decir nada. En las notas que he ido tomando abundan las observaciones que insisten en que comportamiento y discurso marchan por vías muy diferentes. No sé si es un rasgo del carácter cubano, ya que hacer una cosa y decir otra, es muy propio de sociedades sometidas, y Cuba ha sido una sociedad esclavista, dominada por una oligarquía muy exclusivista que sobrevivió a la emancipación de los esclavos y a la independencia política, pero aún así, en la Cuba de hoy, después de casi cuarenta años de socialismo, esta divergencia alcanza magnitudes indescriptibles, lo que, por lo pronto, pone de relieve el grado de opresión que sigue sopor-tando la gente.

2. El discurso oficial cuenta con más credibilidad en algunos medios residuales de la izquierda latinoamericana y europea que dentro de la Isla. El intelectual cubano, aunque su espacio de libertad sea muy restringido, si se presta a discutir con un extranjero —los hay que huyen de él como de la peste— muestra un grado llamativo de independencia. Muchos son abiertamente críticos —puede ser pura casualidad, pero a esta especie me la he topado con más frecuencia en la provincia, Matanzas, Camagüey, Santiago, que en La Habana— pero, si defienden la revolución —algunos sólo el proyecto revolucionario, no como se ha llevado luego en la práctica— lo suelen hacer con una argumentación siempre original, y yo diría que a menudo hasta brillante. Alejandro von Humboldt, en su *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba* (1804), comenta la impresión que le produjo el nivel cultural de la élite habanera. Quedan todavía rastros significativos de los saberes que en el siglo XIX y primera mitad del XX distinguieron a los profesionales cubanos y, pese a su actual aislamiento, me ha sorprendido el grado de información de lo que pasa en Estados Unidos y en Europa —son los dos puntos de referencia— que tienen los intelectuales cubanos. Pero al final de tanto fuego de artificio, lo cierto es que, como poso, no suele quedar más que un nacionalismo, mejor o peor cimentado, que recubre el temor a terminar siendo una colonia norteamericana. El miedo a Estados Unidos, sobre todo en su forma más agresiva que ven encarnada en el exilio de Miami, es lo que, en último término, les hace apoyar al régimen, aunque de una forma todo lo distante y crítica que se quiera. En alguna ocasión he creído percibir el resquemor a que cuando vuelvan los exilados —los intelectuales más prestigiosos viven ya fuera— los que han permanecido, no sólo queden desplazados, sino que incluso se les acuse de colaboracionistas.

Los cubanos del interior, cuando hablan en serio, y no como mi ilustre profesor de Santa Clara, no suelen sacar el embargo a relucir como causa principal de los problemas a los que se enfrentan. Su incidencia fue importante en los años sesenta, pero ha habido tiempo de sobra para adaptarse. Ahora

el problema es más bien utilizar la tecnología soviética, totalmente desfasada, con un altísimo consumo de energía y también sin piezas de repuesto. Es evidente que la crisis gravísima por la que pasa Cuba, sin que se perciba una pronta salida del túnel, tiene directamente que ver con el derrumbamiento del bloque soviético. Queda así en parte difuminada, pero de ningún modo eliminada, la responsabilidad que atañe al régimen, primero, por haber creado formas tan estrechas de dependencia con la Unión Soviética, sin haber sabido aprovechar la coyuntura para diversificar la economía de modo que hubiese cabido reaccionar en los momentos de crisis; y, segundo, una vez enfrentados a la catástrofe, por no haber podido, o más bien no haber querido, dar una respuesta clara y contundente a los problemas planteados, refugiándose en una política ambigua, ni chicha ni limonada, que muestra tan sólo la voluntad de durar a cualquier precio. El régimen no se atreve a trazar un proyecto con unas metas claras, porque ello implicaría, no ya sólo poner en tela de juicio no pocos de los dogmas que lo legitiman, sino, más peligroso aún, que pudieran emerger grupos sociales con un cierto poder autónomo. Es fácil enumerar las actividades económicas que, de permitirse, podrían elevar muy rápidamente el consumo de la población; pero se prohíben ante el temor de que surgieran élites económicas no controladas políticamente. El único criterio que se aplica para valorar cualquier política es si sirve a la sobrevivencia del régimen. Y lo que más me ha llamado la atención es que algunos, que también lo ven así, lo justifiquen de buena fe. El que el pueblo sufra carencias graves que podrían remediarse fácilmente, no pesa tanto en su ánimo, como el salvaguardar un sistema que, pese a las dificultades actuales, garantizaría en el futuro un bienestar para todos. En la cúspide del poder esta argumentación todavía responde a esa mezcla de creencia infantil en la propia ideología y de cinismo descarado que acompaña al que antepone su permanencia en el poder a cualquier otro objetivo. Actitud que también había caracterizado a las élites dirigentes del socialismo real, pero, maravilla oírlo de la boca de profesionales, convertidos en víctimas de la nueva situación. En la política de sobrevivencia que se practica, además de recurrir, como se hizo en el pasado, a los milagros del arbitrista, que cada vez cuentan con menos credibilidad —el último hace referencia a una industria farmacéutica con posibilidades de exportación— no se descubre más que un afán de perdurar a corto plazo, dejando para un mañana impreciso las decisiones fundamentales que habría que haber tomado para salir del pozo.

**3.** Aquí se plantea una cuestión capital que marca toda la discusión sobre el futuro. Nadie en la Isla cree, al menos yo no lo he encontrado, en una caída repentina del régimen, simplemente porque el pueblo se cansa y se lance a la calle, ya sin miedo a lo que pudiera ocurrir. Al contrario, entre los sectores culturalmente más bajos, muchos me han hecho saber, de manera más o menos solapada, que ellos no iban a ser esos tontilocos dispuestos a ir a la cárcel por decir en voz alta lo que todo el mundo piensa. Cuando se vive en la lucha diaria por sobrevivir no quedan arrestos para plantearse una acción que

se salga de los estrechos cauces que marca el egoísmo familiar. Además, bien se encargan los servicios de seguridad de que no haya ni la más mínima oportunidad de organizarse. Y en los sectores culturalmente más altos, no sólo se considera inverosímil una salida repentina y violenta, sino también indeseable. La única ilusión que alimentan es salir al extranjero, los más con la intención de emigrar; los menos —suelen ser aquéllos que ejercen actividades intelectuales mejor definidas— para cargar pilas y sobre todo la bolsa con algunos dólares para ir aguantando. Pero todos están de acuerdo en que los costos de una revuelta popular serían altísimos, sin otro resultado que una mayor militarización del régimen y, si se plantease una situación de guerra civil, seguro una intervención norteamericana.

He creído detectar la presencia de una memoria colectiva que actualiza dos experiencias históricas. En primer lugar, el miedo al poder militar, comprensible en una sociedad que desde un principio se configura como baluarte defensivo del Imperio y en el siglo pasado alcanza un alto grado de militarización hasta culminar en la política de «reconcentración» salvaje de un Valeriano Weyler. En los cuatro siglos de colonia, gobernaron siempre los militares y en ninguna otra parte del Imperio español hubo una mayor concentración de tropas regulares, que aumentaron sensiblemente después de la independencia de Hispanoamérica, al estacionar en la Isla parte de las expulsadas del continente y preparar durante dos decenios la reconquista militar de los territorios perdidos. En la segunda mitad del XIX, según aumentaba la presión social por la independencia, sobre todo desde el inicio de la guerra de los diez años, se incrementó la militarización como única respuesta. Durante largos años Cuba ha soportado el mayor ejército español nunca asentado en América. Claro que a ello se debe el que fuese tan fuerte el aporte peninsular a la población cubana, pero también el que la oligarquía criolla, ligada por casamiento a los altos mandos del ejército, constituyese un bloque de poder muy duro de quebrar. En segundo lugar, las guerras civiles —así hay que designar a las guerras de independencia— han tenido enormes costos para el pueblo cubano, tanto para su economía como demografía, y acabaron al final con la frustración de no haber conseguido otra cosa que la intervención militar norteamericana. En un punto parece que existe acuerdo entre todos los cubanos, y es que han de comportarse de tal forma que esta eventualidad no vuelva a suceder.

Tanto las poquísimas personas que se presentan como oposición, como los que se mantienen en la ambigüedad de «revolucionarios críticos», es decir, todo el mundo que se atreve a pensar en voz alta sobre el futuro de Cuba, proponen una salida gradual del régimen. Y, efectivamente, son muchas y de peso las razones que cabría alegar a favor de una evolución programada. El inconveniente serio es que, justamente, el régimen impide formular cualquier proyecto del que, fuese el que fuere, pudiera escapársele el control: y como el único objetivo es durar, prefiere seguir con las manos libres, dando dos pasos adelante y uno atrás —a veces, dos atrás y uno adelante, según lo aconseje el momento— pero se resiste a señalar metas y fechas, entregado al oportunismo más a

ras del suelo. Si se cree imprescindible para la sobrevivencia, hasta se puede dar un paso cargado de tantas y tan graves consecuencias como fue la autorización del dólar como primera moneda de curso legal —la dolarización generalizada ha llegado hasta imprimir pesos convertibles—, pero incluso los cambios más radicales no se inscriben en un proyecto que tenga objetivos discernibles.

Si no se cuenta con un repentino desplome del régimen —se sigue apostando por la reciedumbre de un sistema totalitario, pese a la experiencia contraria de la Europa del Este en 1989 a 1991— ni tampoco se percibe intención alguna por parte del Gobierno de hacer más cambios que los indispensables para perdurar, habrá que concluir que la sociedad cubana está preparada psicológicamente para un largo «período especial» en el que cada cual plantea una estrategia personal de huida (salir de la Isla) o, si decide quedarse, por las razones que fueren, no habría otro remedio que aguantar resignadamente lo que le caiga encima. Lo preocupante es la impronta que sobre la sociedad cubana pudiera dejar una provisionalidad tan larga que, además, se caracteriza por conculcar todas las reglas, las socialistas, como las capitalistas, las éticas como las sociales. Por la mera subsistencia luchan el régimen, a la vez que cada uno de los habitantes de la Isla, dispuestos, tanto el uno como los otros, a recurrir a cualquier medio, por alto que sea luego el costo a medio o largo plazo. El resultado previsible es un proceso de descomposición social de tal magnitud que, antes o después, desemboque en una violencia generalizada de todos contra todos. Y una vez que una sociedad se descompone, sin reglas que se respeten, recomponerla, si acaso se consigue, es una tarea muy ardua que dura varias generaciones. Cuba corre el peligro de perder su identidad y convertirse en una República caribeña más.

Lo que quiero decir se percibe visualmente en La Habana vieja, una ciudad que debió ser hermosísima, pero que ha llegado a tal grado de deterioro, convertida en las ruinas de sí misma, sin posibilidad ya de rehabilitación. Nunca se dispondrá del dinero necesario para restaurar cada uno de los edificios, salvando todo el conjunto. Excepto algunos pocos, particularmente valiosos, el destino de la mayor parte es su demolición para ser reconstruidos de nueva planta, operación económicamente más rentable, aunque confirme la ruptura definitiva con el pasado. Demasiado tarde hemos aprendido que, al decretarse a comienzos de 1959 la bajada de los alquileres en un 50%, con una medida tan popular, que entonces nos pareció revolucionaria y hoy simplemente demagógica, se iniciaba la destrucción sistemática de las ciudades cubanas, incluida esa maravilla que debió ser La Habana. La Ley de Reforma Urbana de octubre de 1960, al nacionalizar todas las viviendas y locales de alquiler, no hizo sino confirmar este proceso de lenta demolición. Cuando los ingresos no cubren ni siquiera los costos de mantenimiento, y cesan las inversiones, en unos pocos decenios las ciudades se derrumban.

Estos casi cuarenta años, con los aspectos popios de cada una de sus distintas etapas, pero sobre todo éste su último período de larguísima agonía, pueden marcar de tal forma a la sociedad cubana que la que ahora está cuajando probablemente ya nada tendrá que ver con la anterior a 1959. De la misma

manera que una nueva ciudad surgirá sobre los escombros de La Habana vieja, así la nueva sociedad cubana, reconstruida sobre las ruinas de la vieja, muy poco, por no decir nada, se parecerá a la que existió. Estoy en el palacio de la antigua capitania general: un grupo de escolares se para ante los retratos de los cuatro primeros presidentes de Cuba, sin leyenda alguna que los identifique. Ni maestra ni alumnos los reconocen. En la enseñanza escolar la historia de Cuba ha quedado reducida a unas cuantas historias macabras, aligeradas con otras más graciosas, de la época colonial, a una glorificación de las guerras de la independencia y sobre todo de Martí y a la mitología de la revolución. Para las generaciones más jóvenes la historia de Cuba empieza en 1959; transmiten la imagen de un pueblo sin pasado y sin futuro que vive al día. Y tropezarse con un pueblo sin historia, al menos a mí, me produce escalofríos.

4. En otro punto, complementario a los anteriores, coinciden las posiciones más encontradas: el pronóstico sobre la capacidad económica de la isla, al menos a mediano plazo, es bastante negro. El azúcar y el tabaco, aunque se recuperen de las bajísimas cifras actuales de producción, tendrán un valor cada vez más marginal en el conjunto de la economía, y el turismo, por mucho que siga creciendo, no puede significar más que un complemento, todo lo importante que se quiera, pero al fin un complemento, a una economía productiva que nadie sabe en qué podrá consistir. En 1995 la producción del níquel aumentó casi un 80% gracias a la modernización de su explotación, llevada a cabo en colaboración con una compañía canadiense. Pero el futuro no puede estar tan sólo en la exportación de materias primas. Se ignora cómo Cuba en las actuales circunstancias podrá incorporarse al mercado mundial; y el sueño de un desarrollo autárquico sin contactos ni ayudas exteriores ya han conocido los cubanos los altos costos que comporta. Pagar la cuenta del petróleo durante mucho tiempo será una carga en exceso pesada, con lo que las restricciones de todo tipo quedan para largo aseguradas. Lo grave es que tampoco se descubren perspectivas mucho más halagüeñas manejando otros escenarios. Sean cuales fueren los caminos que se emprendan, no cabe iniciar el despegue sin una recuperación y diversificación de la agricultura y un incremento notable de la ganadería. La producción de azúcar representaba en 1958 un 78% de las exportaciones; después de 30 años de esfuerzos revolucionarios, un 80%. Pese a las denuncias que de sus males se hicieron al comienzo de la revolución, se ha extendido el monocultivo. Y ahora nos tropezamos con el enorme deterioro ecológico de la isla, los bosques inmensos desaparecieron hace siglos y la agricultura extensiva ha acabado con los suelos fértiles, y pertenece también a un pasado irrecuperable la portentosa riqueza ganadera, máxime cuando la población rural ha sufrido grandes cambios en su composición sin que en la actualidad se vislumbre el modelo social de producción que termine por imponerse. Pero sobre todo y en primer lugar no habrá salida del túnel mientras no se normalicen las relaciones con el gran país vecino.

A un pronóstico económico bastante negro se añade uno social todavía más penoso. Cuba se enorgullece de su política social. Sí, me decían, tal vez

no se supo aprovechar las ventajas que ofrecía, intercambiando azúcar por petróleo, la cooperación con la Unión Soviética. No en balde, a lo largo de casi 30 años este país ha recibido de la URSS más asistencia económica per cápita que cualquier otro en desarrollo, casi un 25% del producto social bruto. Pero, los seres humanos no pueden esperar a que se cubran sus necesidades sanitarias y culturales hasta contar con una economía que las pueda financiar. Gran parte de los recursos disponibles, pensando que el bloque socialista era indestructible —éste habría sido nuestro único error— se gastaron en mejorar las condiciones de vida de la población. En Cuba se acabó con el analfabetismo; se facilitó el estudio a un proletariado urbano y a un campesinado que nunca hubiera podido soñar con recibir enseñanza universitaria. En 1959 Cuba tenía 58 hospitales; en 1976, 257. Las condiciones sanitarias quedan de manifiesto en el descenso fabuloso de la mortalidad infantil, estabilizada en cifras europeas y en el horizonte de vida que ha alcanzado la población cubana, pasando de 57 años a 75. Por lo menos, contamos con una población alfabetizada, bien formada profesionalmente y además sana, con una buena educación corporal como confirman los éxitos que ha obtenido el deporte cubano en las competiciones internacionales, y así un largo etcétera.

No obstante lo oído fuera y escuchado dentro, opinión que confirmaban las lecturas, en ningún otro campo ha sido mayor la distancia entre lo que esperaba y lo que he encontrado. En primer lugar, me he topado con una sociedad de analfabetos funcionales. Podrán saber leer el 98,1%, de la población adulta<sup>2</sup>, lo que pasa es que no tienen ocasión de practicar lo aprendido. La palabra escrita ha desaparecido del horizonte vital de la inmensa mayoría de la población: no se encuentran a la venta periódicos, revistas, libros. En las calles no me he tropezado con un solo cubano leyendo un papel. Conseguir en La Habana el *Granma*, pese a que por presentación y contenido difícilmente pueda llamarse un periódico, constituía una hazaña que no siempre veía coronada por el éxito; fuera de la capital, era buscar una aguja en un pajar. Cuba será todo lo culta que quiera la propaganda; lo que sí es cierto es que sólo puede ser una cultura oral y televisiva; no, porque la población pueda concentrarse en la lectura. Las librerías son irrisorias; incluso en las que hay que pagar en dólares unas cantidades inalcanzables para el cubano.

Respecto a los servicios sanitarios, no tengo otra experiencia que haber entrado en farmacias por completo vacías y las historias lúgubres que me ha contado un amigo cubano residente en Alemania que, pese a tener pasaporte alemán, que en Cuba no le vale, y disponer de dólares, que pareciera que podía abrirle todas las puertas, ante el temor de volver a caer enfermo no hay ya forma de convencerle de que regrese a su tierra. En los centros hospitalarios falta de todo, hasta lo más simple: desde anestésicos a vendajes y desinfectantes.

---

<sup>2</sup> Según el censo de 1953, el número de personas de diez o más años que sabían leer y escribir era el 76,4%. El analfabetismo de un 23,6% correspondía en un 11,6% a la zona urbana y en un 41.7% a la rural.

Y estos males no lo remedia una plétora de médicos, tal vez la cifra más alta del mundo, uno cada 200 habitantes, pero que sin medicamentos ni instrumentos sanitarios sólo les cabe dar ánimo y buenos consejos.

No puedo juzgar de la preparación de personas que ostentan pomposos títulos académicos —he conocido un licenciado en informática que no había visto un ordenador— y la brillantez deslumbrante de alguno de sus intelectuales no garantiza que el nivel medio sea alto. Lo que sí es evidente es que la disciplina de trabajo no es el fuerte de la población cubana y sin acudir a los viejos prejuicios del blanco contra el negro y del peninsular contra el criollo, se entiende perfectamente si se toman en cuenta los salarios: con los actuales no hay la menor motivación para trabajar. Tal vez la población cubana no sea el alto recurso productivo de que nos habla la propaganda; al contrario, elevar la productividad, uno de los requisitos indispensables para salir de la crisis, supone licenciar 800.000 personas de sus actuales empleos, sin una perspectiva clara de cómo podrían colocarse. En Cuba aumenta a gran velocidad el número de personas *disponibles*, eufemismo que sustituye al de desempleados, pese a que se hace lo imposible por no despedir al personal sobrante, con la correspondiente carga para las empresas. Me temo que los títulos repartidos con generosidad por doquier, más que competencia, avalen pretensiones que no podrán satisfacerse; que los bajos salarios, con la consiguiente falta de disciplina en el trabajo, que obligan para sobrevivir a apañarse como se pueda fuera del lugar de trabajo, lleve a una sociedad de listos y desaprensivos, acostumbrados a recibir sin hacer el menor esfuerzo unos mínimos para sobrevivir, que estaría en la base de esa catástrofe social que se percibe en el horizonte y que nadie sabe cómo evitar. En todo caso, se han derrumbado, o están a punto de hacerlo, las tres columnas sobre las que se sustentaba el socialismo cubano, una alimentación básica, una enseñanza primaria y una sanidad mínima, garantizadas para toda la población. Ello no tiene por fuerza que significar el fin del régimen; sino, sencillamente, que naturaleza y apoyos se han modificado de manera sustancial.

5. Si, desaparecido el bloque socialista, Cuba no supone ya el menor riesgo para la seguridad de Estados Unidos, y la penuria económica de la Isla no se debe al embargo, que no debe confundirse con un bloqueo, como se dice a menudo jugando interesadamente con los conceptos —si Cuba dispusiera de divisas, he ahí el problema, podría comprar todo lo que necesita en el mercado mundial— su desaparición tampoco mejoraría sensiblemente las cosas —excepto el tabaco, cuya producción ya se coloca bien en el exterior, apenas un producto cubano podría reconquistar el mercado norteamericano— la pregunta que todo el mundo se hace sin encontrar una respuesta convincente, consiste en saber por qué Estados Unidos mantiene un embargo, cuya única función visible es proporcionar la hoja de parra con que el régimen castrista se cubre, más mal que bien, las vergüenzas. El discurso es conocido. Cuba soporta la agresión del imperialismo americano y es natural que ante semejante poder el pueblo sufra las consecuencias. Pero, qué quieren, la rendición incondicional,

entragándonos al imperialismo, para que luego nuestro pueblo sufra lo mismo que los otros pueblos de América Latina. Nadie se libra de la impresión que los halcones norteamericanos, al mantener un embargo, ya por completo desfasado, ampliándolo incluso con la ley Helms-Burton, no pretenden otra cosa que reforzar a los inmovilistas de la Isla.

Converso con un funcionario, de categoría media, de la representación de los intereses estadounidenses en Cuba, así se llama desde 1977 la restablecida embajada norteamericana que se supone que no existe. Confieso que quedé impresionado al conocer el número de empleados, cuya actividad principal me dijeron es estudiar las solicitudes de visado para emigrar a Estados Unidos. En cambio, no me sorprendió en absoluto comprobar la enorme influencia y gran prestigio de que goza el representante de los intereses norteamericanos entre las demás embajadas, y seguro que también ante las autoridades cubanas. Sin más preámbulos, le pregunto por las razones que tienen para mantener el embargo. Su respuesta me deja desconcertado: «porque si de repente lo levantáramos, el régimen de Castro se derrumbaría como un castillo de naipes. Estados Unidos no está interesado en un desplome repentino del castroismo por muchos motivos, entre ellos, el riesgo de una emigración masiva a las costas de Florida, los altos costos de las ayudas humanitarias que habría que proporcionar al pueblo de Cuba —los castristas se callan que entre 1992 y 1995 Estados Unidos ha aportado 120 millones de dólares en ayuda humanitaria— y tal vez, si fuera necesario una intervención, hasta cuantiosos gastos militares y todo ello para no conseguir más que lo que de todas formas habrá de caer por su propio peso, que Cuba se incluya en el mundo capitalista y democrático, respetando la hegemonía norteamericana en el Caribe». De repente me asalta la idea de que he cambiado de siglo y estoy oyendo a un oficial de la Secretaría de Estado, explicando por qué Estados Unidos no tiene prisa en que acabe la administración española en la Isla. «Para todas las partes —prosigue mi interlocutor— es mejor un proceso de adaptación a las nuevas condiciones y esto exige tiempo. No le quepa a usted la menor duda, el afán de supervivencia del régimen lo encaminará por la vía adecuada». Insisto en que sigo sin ver la relación entre el levantamiento del embargo y el desplome súbito del régimen; al contrario, una medida políticamente tan significativa, aunque a corto plazo fueran escasas sus repercusiones económicas, impulsaría el camino de las reformas. «Imagine, me dice, que levantamos el embargo, y que un millón de norteamericanos se lanza sobre la Isla, atraídos unos por la curiosidad de observar los últimos estertores del comunismo, otros por vivir todavía lo que quede de una revolución que ha pasado al folclore americano; algunos por el afán de hacer negocios; los más por la leyenda de la Cuba pre-revolucionaria, paraíso de la música, el juego y el amor. Por un lado, Cuba no dispone de capacidad hotelera para acoger esta invasión norteamericana, y, por otro, la inmensa mayoría de la población los recibiría con los brazos abiertos, dando muestras tan inequívocas de simpatía, yo diría hasta de júbilo incontenible, que sin duda originarían incidentes graves con los sectores oficialistas y las fuerzas policiales. No, el régimen de Castro no podría aguantar

por mucho tiempo la presencia masiva de ciudadanos norteamericanos». Pongo en tela de juicio la simpatía generalizada del pueblo cubano por los norteamericanos y su modo de vida y sobre todo insisto en el hecho de que hayan sido muchos en el pasado, y no hayan cesado en el presente, los atentados fallidos contra Castro, antes directamente organizados por la CIA, ahora por parte de los exiliados cubanos, justamente, la minoría que con más tozudez se opone a levantar el embargo. La respuesta que me da me confunde más todavía: «Después de cuarenta años de una dictadura que se ha justificado, en último término, en el odio a Estados Unidos, al imperialismo americano, como dicen ellos, no me cabe la menor duda de que la población siente una enorme simpatía por el país que demonizan sus opresores. Con la excepción de unos cuantos intelectuales de espaldas a su pueblo y que nadie conoce más allá de los angostos círculos en los que actúan, en la Isla ha desaparecido el antiguo odio a los Estados Unidos, que además nunca fue tal como lo pinta la propaganda. Animadversión, hostilidad, odio a Estados Unidos no caben en los corazones de los que, al no haber podido escapar, se han pasado largos lustros soñando con llegar a la tierra de promisión. Mire usted, para los intereses norteamericanos son mucho más peligrosos los cubanos residentes en Estados Unidos, nacionalizados o no, pero que en la lejanía han exacerbado su nacionalismo y, al sufrir la discriminación a la que están expuestas las minorías étnicas, en la cercanía han desmitificado la realidad norteamericana, pero más grave aún, en su lucha contra el castrismo han desarrollado una espléndida habilidad para presionar en Washington, convertidos en un lobby que importa no minimizar. Así como los judíos norteamericanos deciden nuestra política respecto a Israel, me temo que los cubanos residentes en Estados Unidos en el futuro marquen con su impronta, ya lo hacen hoy en gran medida, nuestra política respecto a Cuba. Y nada más falso que pensar que los cubanos, pese a que disfruten de la ciudadanía americana, van a defender los intereses de su nueva patria, allí donde no coincidan con los cubanos». Désele la credibilidad que se quiera a las palabras de mi interlocutor norteamericano en La Habana, pero habrá que reconocer que las relaciones cubano-norteamericanas en el presente, y cada vez en mayor medida en el futuro, han cambiado sustancialmente por la presencia de una minoría cubana en Estados Unidos, económica y políticamente muy influyente, sobre cuya conducta en la Cuba poscastrista sólo cabe especular, pero sea cual fuere la dirección en que se mueva, seguro que será determinante.

**6.** Cuando apretaba el acelerador y preguntaba a los pocos cubanos del interior que, sin pertenecer a la oposición, se habían prestado a mantener un diálogo abierto, si para estos resultados —no sólo la situación en que hoy se encuentra Cuba, sino lo que es peor, con un porvenir tan incierto— no habría que revisar la valoración de los últimos decenios y preguntarse si habían valido la pena tantos años de lucha, tantas heroicidades, pero también tantos crímenes y tanta vileza. Persiguiendo una utopía que se ha mostrado inalcanzable se habían hecho innumerables sacrificios, incluido el más horrendo, el de la

libertad personal, inmolada en el altar de una «causa justa», para no conseguir otra cosa que la condena sin remisión para todo un pueblo a vivir bajo mínimos, cierto que con algunos avances sociales, a menudo seguidos de enormes retrocesos. ¿Valía la pena el orgullo de haberse creído el centro de la revolución del Tercer Mundo y haber derrochado vidas humanas y dineros en África, para no dejar el menor rastro en un continente que sigue a merced de sus oligarquías tribales y de las compañías multinacionales? ¿De haber encabezado una revolución en América Latina sin otro resultado palpable que haber echado fuego a guerras civiles, más o menos encubiertas, que en algunos casos no han finalizado todavía? A la altura de nuestro tiempo, al sopesar los logros, que también los ha habido, y los costos que, esos sí, se muestran tan onerosos, ¿acaso no habrá que concluir que ha sido un desastre el triunfo en 1959 de una revolución que una inmensa mayoría aplaudió entusiasmada? Y la causa principal del fracaso se debería a haber estado dirigida por un líder carismático, tan inteligente como audaz, tan pragmático como dogmático, dotado de una elocuencia capaz de entusiasmar al más apático, pero sobre todo tan habilidoso en el arte maquiavélico de acrecentar su poder personal hasta convertirlo en absoluto, para una vez elevado a esa posición en que ya sólo se acepta el juicio de la historia, comportarse, a veces como un oportunista que, con tal de capear el temporal, sabe renunciar a los ideales y dar un giro de ciento ochenta grados, empeñado en que lo que un día llamó negro —los males del monocultivo del azúcar— conviene más tarde considerarlo blanco —la zafra de los diez millones— o el turismo, que en 1957 con 381.000 visitantes extranjeros, en su mayoría norteamericanos, habría convertido la Isla en un prostíbulo, robándole su identidad, y en 1997, con un millón de turistas, esta vez europeos, canadienses y latinoamericanos, la segunda entrada de divisas, después de las remesas de los emigrantes, lejos de ser un elemento de corrupción, constituiría la gran esperanza de supervivencia, al ser el único sector de la economía que con ayuda de las inversiones extranjeras crece a buen ritmo. Si ahora resultase cierto que el turismo es un elemento básico de la economía que es preciso cuidar, entonces el régimen debería hacerse el haraquiri, ante la vergüenza de haber cortado en 1959 de manera violenta esta fuente de ingresos. Si Cuba no hubiese interrumpido el proceso normal de su desarrollo, hoy continuaría siendo, lo que fue en el pasado, la primera potencia turística del Caribe, pero no como entonces con unos cuantos cientos de miles de turistas, sino con unos cuantos millones. No sé si ello hubiese sido bueno o malo; el turismo tiene aspectos negativos y positivos, y que predominen los unos o los otros depende de cómo se organice y controle. Lo que no se puede hacer es condenarlo ideológicamente y luego agarrarse a él como a un clavo ardiendo. Y lo que ha pasado con el azúcar o con el turismo ha pasado con todas las ramas de la economía, desde el afán de industrializar el país, después de haber destruido en uno o dos años la industria existente —textil, de la construcción o alimenticia— a centrar la producción en unos pocos productos agrícolas y mineros, dirigidos a la exportación, a poner énfasis en los servicios. En suma, en estos casi cuarenta años lo que

más llama la atención es el carácter errático de la economía cubana, saltando de una posición a la contraria, impuestas en cada ocasión con el mismo optimismo dogmático, pese a que al poco tiempo todas hayan terminado dando los mismos pésimos resultados. La historia del castrismo es la de sus rectificaciones. El dictador, tan realista en el manejo del poder, ha solido comportarse en lo económico como el más ingenuo de los arbitristas, entregado a la búsqueda continua de la piedra filosofal que saque el país milagrosamente de los apuros a que conduce su política, pero que él y los suyos interpretan causados por las maquinaciones de los enemigos internos y externos: pues, ¿cómo entender de otra forma que después de casi cuarenta años de disfrutar los cubanos de un Gobierno que sólo ha trabajado a favor del pueblo, se encuentre tan lejos del paraíso?

Cuando, al comenzar la madrugada con algunos tragos en el cuerpo, llegaba con mi crítica tan lejos, la réplica solía ser de este tenor: «lo mismo que dices, lo están diciendo las clases dominantes más reaccionarias desde el mismo día del triunfo de la revolución. De creer a Carmelo Mesa-Lago, llevamos 40 años equivocándonos sin un solo acierto. No es tolerable una reprobación global de todo lo ocurrido, porque ello significa entregarnos sin defensas a Estados Unidos. Tu argumentación lleva implícito que en fin de cuentas nuestro pecado ha consistido en haber intentado independizarnos de Estados Unidos, como hace un siglo lo hicimos de España, pagando también en cruentas guerras, pero sobre todo en los dos últimos años, un precio muy alto, pero que era necesario. Un pueblo no puede resignarse a ser esclavo». En el cubano que defiende la revolución, por crítico que sea de algunas de las formas que ha ido tomando a lo largo de los decenios, palpita en el fondo el mismo nacionalismo antinorteamericano. Cuando camino hacia el hotel, leo en un muro: «Señores imperialistas, Cuba no será otra víctima del imperialismo porque somos una tierra brava». Es el último mensaje, elementalmente machista, que ofrece una revolución caduca que sólo subsiste por el temor generalizado al caos que se teme comporte su caída.

7. La Cuba, que en el siglo XIX alcanza a ser la parte económicamente más dinámica del mundo hispánico, incluida la metrópoli, arrastra dos lastres, estrechamente ligados entre sí, que no sólo la debilitan, sino que convierten su futuro en algo tan inseguro como impredecible. Por un lado, la cuestión nacional divide a la población blanca —al negro, esclavo o liberto, no se le consideró cubano hasta su incorporación masiva en la guerra de los diez años— no tanto entre peninsulares y criollos, aunque a partir de la rebelión independentista esta ruptura fue ganando en importancia, como entre defensores del *statu quo*, autonomistas, anexionistas e independentistas, posiciones que encontramos tanto en unos como en otros, variando según fuese su inserción en la sociedad cubana. Claro que el peninsular, empleado en la administración civil o militar, se distinguía por defender a ultranza el *statu quo*, pero el que había logrado integrarse en la sociedad civil, según fuera su actividad, comercial o agrícola-ganadera, podía adoptar una actitud más ambigua, inclinado más al

autonomismo e incluso a la anexión a Estados Unidos. A su vez entre los criollos instalados en la cúspide económica encontramos valedores del *statu quo*, en menor medida del autonomismo y del anexionismo, y rara vez del independentismo. Esta última posición la propugnaban sobre todo los criollos dedicados a profesiones liberales, además de escritores, periodistas, docentes y sobre todo algunos segmentos populares de mulatos y negros libertos. No en balde, hasta su derrota final España apostrofó la guerra de independencia, como si se tratase de una revuelta de negros contra blancos.

Las dificultades que a lo largo del siglo XIX tuvieron los sectores pudientes o ilustrados para definirse políticamente ya las puso de relieve el polígrafo criollo José Antonio Saco (1797-1879), al vincularlas con la rémora que sobre la cuestión nacional arrojaba la social, marcada por la permanencia de la esclavitud, incluso cuando, en contradicción con el naciente industrialismo, eran evidentes sus costos económicos y sobre todo políticos, al maniatar a las clases dirigentes. Pues bien, el entramado de estas dos cuestiones, la nacional y la social, se prolonga en el siglo XX, con los mismos efectos perturbadores. Para dolorosa sorpresa de los combatientes cubanos, la derrota de España no resuelve la cuestión nacional, al quedar la Isla en manos de Estados Unidos, económicamente desde la firma del *bill* McKinley (1891) y políticamente, desde el Tratado de París (1898). El que Estados Unidos se apropiase del triunfo cubano —no está, sin embargo, tan claro que se hubiera producido, la guerra también hubiera podido acabar, como en 1878, con un compromiso— dejaba abierta la cuestión nacional, sin contribuir por ello a resolver la social que siguió mostrando su peor cariz con la discriminación racial. Existe una extensa bibliografía cubana que niega desde la independencia cualquier forma de racismo, o lo considera desdeñable en comparación con el que encontramos en Estados Unidos. La Constitución de 1940 ya proscribía expresamente la discriminación racial. El racismo en la América hispana, no sólo en Cuba, es tema muy discutido, en el que no quiero entrar, tratando una vez más de desmontar los distintos sofismas a los que se recurre para negar lo evidente: ya se ha hecho muchas veces con la sagacidad exigible.

Al no haber sido admitida en las negociaciones de paz en París y haber entregado España la soberanía sobre la Isla a Estados Unidos, la derrota española de 1898 supuso también la de Cuba. La que pudiéramos llamar la gran decepción del 98 ha tenido graves consecuencias a lo largo del siglo que finalizamos. Lo que hoy, en el momento de las integraciones regionales de unas economías abiertas, se consideraría la gran ventaja de Cuba —su proximidad a Estados Unidos y la forma temprana de su incorporación económica en la que ha terminado siendo la primera potencia mundial— los sectores progresistas que lucharon en la guerra contra España y luego sus descendientes, con cada vez más difícil encaje en la Cuba que resultó de la intervención norteamericana, lo vivieron como una forma de dependencia económica que cimentaba la subordinación política. Permaneció así viva la impresión de que al final había sobrevivido el esquema colonial, sin haber logrado otra cosa que cambiar de metrópoli.

Un crecimiento económico tan vertiginoso como favorecedor de sectores sociales cada vez más minoritarios, junto con la corrupción creciente que caracterizó a la vida política cubana, contribuyó a mantener, y aún a cavar más hondo, la fosa entre la población urbana y rural, y dentro de la primera, entre la oligarquía vinculada a los intereses norteamericanos y los sectores medios y populares, produciendo el fantasma de que todos los males de la Isla procederían de la forma de su inserción con Estados Unidos. El que en el decenio que antecede a la revolución, el 62,5% de las exportaciones fueran a Estados Unidos y de allí viniesen el 75,4% de las importaciones, junto con que el 14% de la capitalización total de Cuba fuera propiedad norteamericana, alimentó en muchos sectores medios y populares un resentimiento antinorteamericano que se levantaba sobre una admiración de fondo por Estados Unidos. Hasta bien avanzado el siglo XIX entre los cubanos progresistas predominó, como no podía ser menos, el entusiasmo por la primera república democrática del mundo. Simpatía que, pese a la gran decepción del 98, se mantuvo en la Cuba republicana. No en vano, los sectores cubanos más dinámicos compartían las virtudes norteamericanas de amor a la libertad, pragmatismo y capacidad empresarial.

El hecho incontrovertible es que el medio siglo de república independiente se ha visto singularizado por una cuestión nacional no resuelta, pero también, aunque en mucho menor medida, por la cuestión social, que incluye, como uno de sus aspectos básicos, la discriminación racial, tan reciamente asentada en los sectores oligárquicos, pero también con fuertes ramificaciones entre las clases medias. En 1959 el objetivo principal de Castro, unido en este punto a la mayor parte del pueblo cubano, fue impedir que Estados Unidos acabase con la revolución, como en 1898 lo había hecho con la independencia. Las condiciones especialísimas de la guerra fría hizo posible una asombrosa victoria que el tiempo ha mostrado que resultó pírrica. En todo caso, la revolución en 1959 se planteó en términos de enfrentamiento a Estados Unidos por no haber quedado resuelta la cuestión nacional en 1898. Después del desplome del marxismo, la Cuba oficial de manera cada vez más abierta recurre también a esta explicación, lo que permite dar a la revolución un contenido más nítidamente nacionalista y menos social. Pero esta tendencia no resta importancia a los componentes sociales de la revolución, a los que se apeló con mayor fuerza en el pasado, entre ellos, y en primer lugar, la enorme brecha entre la Cuba urbana, abierta al exterior, y la Cuba rural, encerrada en sí misma y con niveles de vida mucho más bajos. El hecho es que la convergencia de la cuestión nacional con la social, que de manera tan decisiva marcó al siglo pasado, no sólo da cuenta del triunfo de la revolución, sino que cuatro decenios no han bastado para que dejase de estigmatizar el presente, hasta el punto de que la cuestión nacional y la cuestión social, en la peculiar forma en que confluyen en Cuba, serán determinantes del tipo de país que se configure en el futuro.

8. Nunca he podido librarme de la impresión de que el cubano, al menos el blanco, que es el que más he tratado fuera de Cuba, es una combinación poco feliz de norteamericano y español. Un filósofo cubano tal vez algún día desa-

rrolle la dialéctica hegeliana de la «conciencia infeliz» aplicada a esta experiencia histórica. El alma española se rebela contra el norteamericano que lleva dentro, así como éste, con su sentido práctico de la vida, se subleva contra el español que le encadena a valores desfasados de orgullo y mesianismo, honor y lealtad. Mezcla explosiva que no se percibe de la misma manera en el negro, más ajeno a las virtudes y defectos del español y del gringo, y que ha elaborado su propia cultura como un sincretismo de lo africano y lo español, con muchos menos elementos norteamericanos, aunque también los encontramos, sobre todo en las formas de consumo, pero, con una originalidad que resulta perfectamente adaptada al medio, hasta el punto de que si no temiera la indignación de tantos buenos amigos cubanos me atrevería a calificar al mulato y al negro como los cubanos más auténticos. La santería es la expresión más cabal de esta síntesis, algo que difícilmente puede eliminarse del paisaje social cubano, pero que, además de un elemento de identidad cultural, incluye la amenaza permanente de que Cuba se convierta en una isla caribeña más. Este peligro es el que sustenta un proyecto nacional tendiente a conseguir la amalgama entre la Cuba blanca, ya de por sí mezcla explosiva de español y norteamericano, con la afrocubana de la santería y el ritmo, todavía más propósito que realidad. De que esta mezcla es posible habla a favor el que haya sido la música, condensación creadora de elementos occidentales y africanos, el producto cultural cubano que ha alcanzado mayor universalidad. Como escribió el maestro Fernando Ortiz: «Dos son las cosas típicas de Cuba que ésta ha dado al mundo y han sido recibidas con universal beneplácito; y ninguna de ellas se debe sólo a los blancos, habiendo nacido ambas del abrazo cruzador de distintas culturas. El tabaco y la música».

Si Cuba, como fruto de su combate, hubiese logrado la independencia y, ya en posesión de un Estado propio, hubiera podido establecer con un poco más de holgura sus relaciones con la gran potencia vecina, tal vez lo hubiera hecho, tampoco es seguro, de forma más satisfactoria. En todo caso, la política que llevó a cabo el pequeño David ante el gigante Goliat en 1959-60, por mucha admiración que en aquellos años despertara en el mundo y por orgulloso que todavía se sienta el pueblo cubano de su hazaña, si ponemos en el otro platillo el precio que ha tenido que pagar por la bravata, resulta muy difícil, desde la experiencia acumulada en estos cuarenta años y en la situación en que se encuentra hoy Cuba, de reputarla como razonable.

En relación con la nueva metrópoli, Cuba no ha resuelto aún la cuestión nacional. El pasado es como es y, si no cabe modificarlo, de nada sirve lamentarse; pero es menester aprender de él para no volver a cometer los mismos errores. Por razones geopolíticas obvias, Cuba tiene que encontrar un *modus vivendi* con Estados Unidos, lo más provechoso posible para ambas partes, tarea que, desde luego, después de los prejuicios acumulados en uno y otro bando, no es nada fácil. Una vez que los cubanos han pagado un altísimo precio por la ruptura violenta, tras la desaparición del castrismo el riesgo que se divisa en el horizonte es más bien el de caer en el defecto contrario, rendirse sin condiciones. No son pocos los cubanos del interior que perciben este peligro, que

naturalmente atiza el régimen. Tal vez mi interlocutor de la representación norteamericana vea fantasmas inexistentes, pero sin admitir todos sus recelos sobre la minoría cubana en Estados Unidos, quiero pensar que tras un siglo de historia tan dramática, los cubanos de dentro y de fuera al fin sean conscientes de los callejones sin salida a los que conduce un nacionalismo a ultranza, así como lo indispensables que son unas buenas relaciones con Estados Unidos, por grandes que fueren los riesgos que encierren. Escribo estas reflexiones en una Alemania que ha sabido deshacerse de los viejos mitos nacionalistas —pese a que todavía sigan operando sobre una población marginal— y construir unas relaciones fructíferas con la gran potencia que también domina a Europa.

Tampoco la revolución ha resuelto, más bien al contrario, la cuestión social que arrastra Cuba de su pasado colonial y esclavista. No sólo el régimen deja una sociedad invertebrada y por completo desmoralizada, sin disciplina de trabajo y con muy poca capacidad de organizarse y de tomar iniciativas por sí misma, sino que incluso me temo que, a poco que se escarbe, nos topemos con el viejo racismo. De los labios del blanco de la calle he podido escuchar los viejos prejuicios —«negocio con negro, negro negocio»; «el negro, si no la hace a la entrada, te la hace a la salida»— incluso he querido percibir en La Habana una cierto menosprecio del Oriente, porque, a su mayor pobreza, añade una mayor población negra. Me decía un amigo en un pueblo cerca de Pinar del Río, como si en ello consistiera el mayor timbre de gloria, «aquí antes de la revolución no había apenas negros». Paseando por La Habana vieja con un arquitecto que había solicitado ya el visado para emigrar a Estados Unidos, tanto o más que el deterioro de los edificios y los negocios del historiador de la ciudad, le indignaba que el régimen «hubiese convertido en África el núcleo histórico de la ciudad». Ojalá que mis observaciones en este punto no sean representativas, pero he regresado con la incómoda sensación de que estamos asistiendo a un nuevo brotar del racismo, alimentado esta vez en el odio al régimen: los negros habrían sido los únicos que se habrían beneficiado del castro y a su apoyo incondicional se debería el que durase tanto.

Resolver la cuestión social en Cuba pasa todavía por la integración pacífica de las razas, sin discriminación alguna. Si de estas tensiones raciales, disfrazadas de políticas, brotase un conflicto social serio, el futuro de la Isla que ya de suyo se presenta tan incierto, acabaría por sepultar toda esperanza. Para lograr entenderse con Estados Unidos, sin ser sometidos por completo, y en ello consiste la solución de la cuestión nacional, los cubanos tienen previamente que entenderse entre sí, los de dentro y los de fuera, los negros y los blancos, es decir, resolver la cuestión racial que vienen arrastrando desde el siglo pasado.